

# El parasitismo en la obra de José Eugenio Olavide: *Dermatología general y clínica iconográfica de enfermedades de la piel o dermatosis* (1871) \*

MARÍA JOSÉ BÁGUENA CERVELLERA \*\*

## INTRODUCCIÓN DEL CONCEPTO DE ENFERMEDAD FITOPARASITARIA EN LA MEDICINA

En el siglo XIX, la idea de un parásito vegetal como origen de alguna enfermedad comenzó a cristalizar en torno a la década de los 30. Su inicio puede fijarse en los trabajos que sobre la muscardina del gusano de seda realizó Agostino Bassi, quien descubrió que dicha enfermedad era causada por un hongo parásito. Este hecho le llevó a formular la teoría del origen parasitario de las enfermedades infecciosas. Desde entonces, y hasta los años 50, se aceptó la etiología fúngica de algunas enfermedades, pero no la teoría de los gérmenes como causa del resto de las enfermedades infecciosas.

La botánica sirvió de base para los primeros estudios sobre fitoparasitismo en el hombre. Johann Schönlein, siguiendo los trabajos sobre los exantemas que ciertos hongos causaban en las plantas, estudió la tiña favosa y descubrió el parásito causante de la misma en 1839. Sus trabajos fueron divulgados un año más tarde por Jacob Henle, quien reafirmó la teoría de que había microorganismos vivos de origen vegetal que podían originar enfermedades infecciosas. La propagación de dichas ideas, así como nuevos estudios de botánica médica, aplicados especialmente a las enfermedades cutáneas, corrieron a cargo entre otros de Gruby, Lebert, Robin, Andouin, Vogel y Kützing. La aplicación de los estudios anteriores fue llevada a cabo por Bazin, Hallier y Salisbury entre 1850 y 1870.

Ernest Bazin hizo adoptar en las nosologías el grupo natural de las enfer-

---

\* Este artículo es un extracto del capítulo que dedicamos a la Parasitología en nuestra Tesis Doctoral: *La introducción de la Microbiología en la medicina española del siglo XIX* (1983). Dicha tesis ha sido realizada con una Ayuda para Tesis Doctorales de la Caja de Ahorros de Valencia.

\*\* Cátedra de Historia de la Medicina. Facultad de Medicina de Valencia.

DYNAMIS

*Acta Hispanica ad Medicinae Scientiarumque Historiam Illustrandam*. Vol. 5-6, 1985-86, pp. 259-267.

ISSN: 0211-9536

medades fitoparasitarias. Hallier, botánico de la Universidad de Jena, realizó numerosos estudios microscópicos de sustancias virulentas y miasmáticas, descubriendo en algunas de ellas vegetales, que además gozaban de la propiedad de la generación alternante. Mediante inoculación de gran cantidad de vegetales, reprodujo la enfermedad de cuyos productos de secreción los había tomado. Salisbury, por último, aisló vegetales microscópicos de enfermedades tales como el sarampión, la sífilis y el paludismo, reproduciéndolas tras haber inoculado aquellos en sujetos sanos.

Los trabajos de Ferdinand Cohn en la década de los 70 consolidaron definitivamente la teoría del fitoparasitismo al establecer la naturaleza vegetal de las bacterias.

En España tardó en aceptarse el morbidismo vegetal debido a la escasa educación botánica recibida en los estudios de Medicina y al recelo con que la mayor parte de los médicos miraban los estudios microscópicos. Los primeros trabajos sobre el tema aparecieron en *El Siglo Médico* en 1855 firmados por García Vázquez. Centrado en el tema del cólera, sugirió que la causa del mismo era debida a vegetaciones mucedíneas. Se basaba para ello en la analogía de sus síntomas con los producidos por una intoxicación debida a hongos venenosos, así como en la influencia nociva de las emanaciones procedentes de sustancias vegetales en fermentación o putrefacción. Posteriormente publicó varios artículos sobre la acción patógena que producían las vegetaciones mucedíneas. Dicho artículo, así como otros que siguieron, abrió una polémica en *El Siglo Médico* acerca del parasitismo vegetal como origen de las enfermedades infecciosas. García Vázquez se apoyó para sus teorías en las enfermedades parasitarias producidas por hongos en las patatas, los gusanos de seda (trabajos sobre la muscardina de Bassi) y las vides. Describió a estos parásitos vegetales como criptógamas y realizó un detallado estudio anatómico, histológico y fisiológico de los mismos basándose en los trabajos de Dujardin, Raspail y Dutrochet, entre otros.

En 1861, este mismo autor volvió a analizar el tema, esta vez en relación con las fiebres palúdicas. Propuso como causa de las mismas los efluvios pantanosos, que contendrían mucedíneas, aún no aisladas, pero demostrables «por la experiencia de todos los días».

El origen fitoparasitario del cólera es defendido nuevamente por Mir en 1865, para quien no sólo los hongos serían responsables de enfermedades infecciosas, sino también las algas. Ambos, reproducibles por esporos, se implantarían en la dermis o en el epitelio de las membranas mucosas. Cuando estos esporos encontraran un suelo humano favorable, bien por falta de aseo, bien por ciertas condiciones determinadas por un estado morboso, germinarían.

En 1870 apareció una traducción de un artículo de Richter en el que resumía las últimas investigaciones sobre hongos parásitos. Definió a la fermentación como una descomposición de las sustancias orgánicas bajo la influencia, casi siempre, de hongos o gérmenes de hongos. Según el tipo de microfito, la fermentación variaría. Para este autor, las enfermedades infecciosas y contagiosas se producían por la introducción de dichos microfitos en las superficies de los órganos o en la sangre. Su transmisión se realizaría por el aire, en cuyo caso recibirían el nombre de miasmas, o por el contacto directo, conociéndose entonces por contagios.

En 1875, José Eugenio Olavide pronunció un discurso ante la Real Academia de Medicina de Madrid titulado «El parasitismo o morbidismo vegetal ante la razón y ante los hechos». En él, y tras repasar brevemente la evolución de la idea de parasitismo como causa de enfermedad, analizó tres tipos de morbidismo: el cutáneo, el de las membranas mucosas y el generalizado. Respecto al primero, se aceptaba en general la presencia de vegetales microscópicos en las enfermedades cutáneas, pero no que fueran la causa de las mismas. Olavide sí lo admitía en el caso de las dermatosis contagiosas y consideraba el contagio como una semilla y el individuo como el terreno en el que se sembraba.

En cuanto al morbidismo vegetal de las membranas mucosas, tan sólo integró en este grupo al crup y al muguet. Estudió al microscopio ambas enfermedades y observó la presencia de esporos en la primera, lo que confirmaba las teorías de Hallier. En cuanto al muguet, sus concordancias con las fitoparasitoris cutáneas le hicieron pensar en su origen vegetal.

Estudió por último el morbidismo vegetal generalizado. Se mostró partidario de las teorías de Hallier sobre las fiebres eruptivas. Dicho botánico había recogido de las exudaciones cutáneas producidas en las mismas, ciertas bacterias producto de la generación alternante de vegetales. Cultivándolos, lograba reconstruir la especie de donde procedían. A su vez, se reproducía la enfermedad primaria si se inoculaban los productos recogidos de las exudaciones cutáneas. Se inclinó a admitir el origen parásito vegetal del paludismo defendido por Salisbury, pero tan sólo incluyó con absoluta certeza dentro de las afecciones fitoparasitarias al muguet, el favus, el herpes tonsurante, la pelada y la pitiriasis versicolor.

Un año después, en 1876, Koch aislaba la bacteridia carbuncosa y lograba, mediante inoculación de ésta, la reproducción de la enfermedad. Este hecho inauguró la llamada «era bacteriológica», aceptándose la teoría de los gérmenes como causantes de enfermedad.

## ESTUDIO HISTORIOGRÁFICO DE J.E. OLAVIDE

Entre la bibliografía dedicada a la vida y obra de José Eugenio Olavide destacan una nota de López de la Vega aparecida en *El Anfiteatro Anatómico Español* (1847) (1), una biografía inserta en la *Historia de la Medicina en España*, de E. García del Real (1921) (2), reproducción a su vez de una nota biográfica de F. Castelo y un análisis de sus aportaciones histológicas realizado por Marco Cuéllar (1966) (3).

Recientemente (1982), López Piñero (4) ha realizado un trabajo de síntesis sobre dicho autor.

## NOTA BIOGRÁFICA DE J.E. OLAVIDE

José Eugenio Olavide nació en Madrid en 1836 y murió en dicha ciudad en 1901. Estudió medicina en San Carlos y tras licenciarse en 1858, marchó a París, donde trabajó con Alfred Velpeau, Armand Trousseau y Jacques Maissoneuve. En 1860 ganó una plaza de médico del Hospital de San Juan de Dios, y a esta institución y a la dermatología dedicó su vida. Decidido partidario de la microscopía como método de investigación y diagnóstico, creó en 1881 un laboratorio histológico y micrográfico en el hospital. Una muestra temprana de su interés por la microbiología fue el estudio en 1872 del vapor atmosférico del servicio hospitalario de Ezequiel Martín de Pedro, con el fin de examinar los gérmenes. Ese mismo año pronunció su discurso titulado *El Parasitismo o morbilismo vegetal*.

Autor de gran número de publicaciones, destaca entre ellas su *Dermatología general y clínica iconográfica de enfermedades de la piel o dermatosis* (1871-73). En ella utilizó abundantes conceptos microscópicos.

## CONTENIDO DE LA OBRA

La Dermatología general y clínica iconográfica de enfermedades de la piel o dermatosis fue publicada entre 1871 y 1873. Consta de dos volúme-

- 
- (1) LÓPEZ DE LA VEGA (1874) El Dr. don José Eugenio Olavide. *El Anfiteatro Anatómico Español*, 2, 5-7.
  - (2) GARCÍA DEL REAL, E. (1921) *Historia de la Medicina*, Madrid, Reus, pp. 1.100-1.106.
  - (3) MARCO CUÉLLAR, R. (1966) *La morfología microscópica normal y patológica en la medicina española del siglo XIX anterior a Cajal*. Tesis de Doctorado, Valencia.
  - (4) LÓPEZ PIÑERO, J. M. et al. (1983) *Diccionario histórico de la ciencia moderna en España*, Barcelona, Ed. Península, vol. II, pp. 121-122.

nes, el segundo de los cuales es una atlas iconográfico de lesiones dermatológicas. Fue editado en Madrid por José Gil Dorregaray e impresa en los talleres de T. Fortanet.

Esta obra nació de las observaciones del autor en las salas de dermatología del hospital de S. Juan de Dios de Madrid. En un principio realizó las láminas con la única idea de formar un pequeño museo privado. Después, las completó con anotaciones clínicas y realizó una clasificación de las enfermedades dermatológicas. Gracias a la protección del ministro de Fomento, pudo ver publicada su obra. El texto comienza con un prólogo en el que el autor explica la intención que ha tenido al escribirlo: la ordenación de material procedente de sus observaciones personales con el fin de ayudar a una mejor comprensión de las enfermedades dermatológicas.

A continuación, y en un discurso preliminar, Olavide ofrece unas ideas de Dermatología general como introducción al estudio clínico de las afecciones de la piel o dermatosis. Consta de las siguientes partes: definición, síntomas y lesiones, histología, fisiología cutánea, etiología, diagnóstico, pronóstico y tratamiento. Sus ideas acerca de la etiología son las que se analizan por su relación con la microbiología y parasitología. Sigue en primer lugar a Ernest Bazin: «La escuela etiológica o filosófica moderna es en nuestra opinión la que, sintetizando los trabajos de las demás escuelas, y uniéndolas filosóficamente al estudio profundo de las causas y de la naturaleza del mal, ha contribuido más al progreso de la ciencia e influido muy poderosamente en la dirección que debe darse a los conocimientos médicos» (5). Basándose en las ideas de Bazin, funda toda su doctrina en el conocimiento patogénico de las dermatosis y trata de «enlazar la patogenia con la anatomía y fisiología patológica para la explicación filosófica de los síntomas» (6).

A continuación propone cinco causas de dermatosis: contagio, herencia, enfermedades internas constitucionales, influencias exteriores y causas predisponentes individuales (7). El estudio del contagio es el que más interés presenta en este trabajo. Olavide habla de tres tipos de contagio: el parasitismo, el miasmático y el virulento. Dentro del primero distingue la sarna y el contagio fitoparasitario. En cuanto al segundo, se discutía en la época cuál era el producto morboso, un fermento o un parásito vegetal, inclinándose el

---

(5) OLAVIDE, J. E. (1871) p. 63.

(6) *Ibid.*, p. 64.

(7) *Ibid.*, p. 65.

autor por el fermento (8). En cuanto al contagio virulento, la causa residiría en un líquido, ya purulento, ya seroso (9).

Su clasificación de las enfermedades de la piel (10) incluye las parasitarias como clase primera. Estarían producidas por una causa externa especial o parasitaria, serían contagiosas y comprenderían dos órdenes: las zooparasitarias y las fitoparasitarias. Las primeras se caracterizan por la presencia de uno o varios parásitos en la superficie o espesor de la piel: los piojos, arador de la sarna, etc. Las segundas las originan el desarrollo de esporos de algunas criptógamas en los folículos pilosos o las capas de la dermis. Entre ellas cabe destacar las tiñas, las pitiriasis y el cloasma.

En cuanto a la medicación parasiticida (11), defiende tanto unas medidas generales como específicas: «Cada parásito da lugar en la piel a trastornos o a afecciones propias, especiales y características que él solo puede producir, pero además ocasiona trastornos o afecciones análogas a las que determinan todos los parásitos; de donde *a priori* puede deducirse que habrá una medicación parasiticida general y otra más especial para cada una de las parasitosis conocidas». Los objetivos de dicha medicación serían «evitar el contagio, matar o eliminar el parásito y combatir los trastornos a que haya podido dar lugar en el tegumento» (12).

La tercera parte de la obra consiste en un breve atlas de Dermatología General en el que se muestra la estructura histológica de la piel, las lesiones elementales dermatológicas y los parásitos cutáneos animales y vegetales.

El último apartado se ocupa de la clínica de las enfermedades de la piel. Consiste en 27 lecciones repartidas del siguiente modo: 6 dedicadas a las dermatosis parasitarias, 7 a las pseudo-exantemáticas y 14 a las constitucionales. Este estudio se limita a las primeras.

Olavide comienza con una definición del parásito: «Todo ser organizado y vivo que fije sobre otro o dentro de otro, en él crece y se desarrolla, nutriéndose a sus expensas» (13). Sobre el parasitismo, su opinión es la siguiente: «El parasitismo es una ley de la naturaleza. Los seres todos viven a expensas de los otros... En ocasiones es un simple hecho fisiológico, tan constante como necesario para la salud del individuo» (14).

---

(8) *Ibid.*, p. 66.

(9) *Ibid.*, p. 67.

(10) *Ibid.*, p. 98.

(11) *Ibid.*, p. 131.

(12) *Ibid.*, p. 131.

(13) *Ibid.*, p. 1.

(14) *Ibid.*, pp. 1-2.

Tras dividir el parasitismo en normal o compatible con la salud, patogénico o que altera el organismo, y consecutivo a la descomposición orgánica general o parcial de los seres, se limita al estudio del patogénico, al que clasifica a su vez en superficial, cutáneo-mucoso y profundo, prescindiendo de estos dos últimos hasta que «se encuentre fundamento bastante para incluir las fiebres eruptivas en el morbidismo vegetal» (15).

Expone seguidamente sus ideas acerca de la casualidad de estas enfermedades: «En las dermatosis, como en las enfermedades de otros órganos o tejidos que favorecen el desarrollo de los pseudóporos..., no hay relación de *mutua ocasional* o de *pretexto*... A pesar de lo irracional de la idea, ha habido y hay todavía hombres de ciencia que no se contentan con mirar a las enfermedades como causa *ocasional* de la *producción* y el desarrollo de los parásitos, sino que las consideran como causa *eficiente*, de lo que se ha llamado malamente generación espontánea» (16).

Estas últimas opiniones eran sustentadas por Pierre Cazenave y Alphonse Devergie, y encuentran una fuerte oposición por parte de Olavide: «... la teoría del parasitismo, considerándole como morboso, es un error indigno del siglo en que vivimos y en este concepto sólo debemos distinguir los casos en que *los parásitos son la causa* de la enfermedad de aquellos otros en que son *una coincidencia* o una complicación» (17).

Tras las condiciones que debe reunir una enfermedad para que sea parasitaria, condiciones que guardan cierta semejanza con los postulados de Koch, expone aquellas enfermedades que para él las reúnen: la sarna, la filarisis, las tiñas y, con muchas probabilidades, las plicas.

Pasa a continuación a explicar los diferentes modos de contagio: directo, indirecto o mediato, por el aire y por trasplatación. Comenta sus experimentos con este último modo de contagio: «De esta manera hemos trasplataado tiñas desde el hombre a varios animales» (18).

El siguiente paso es el estudio de las características clínicas más importantes de las dermatosis parasitarias, junto con algunos consejos diagnósticos: «La mezcla de *estas erupciones artificiales*, es decir, *la existencia simultánea de pápulas, vesículas, pústulas, diviosos, etc.*, no se encuentra nunca en las dermatosis espontáneas o de causa interna, cuya forma elemental es siempre única» (19).

(15) *Ibid.*, p. 3.

(16) *Ibid.*, p. 3.

(17) *Ibid.*, p. 4.

(18) *Ibid.*, p. 11.

(19) *Ibid.*, p. 12.

El último apartado dentro de estas consideraciones generales, consiste en unas indicaciones terapéuticas. Librar al enfermo del parásito es el objetivo fundamental: «Con matar los parásitos y evitar el contagio está hecho lo principal y lo más urgente, pero restan dos indicaciones muy importantes que llenar: 1.º Combatir las complicaciones y las erupciones artificiales que existan. 2.º Mejorar el estado general del enfermo» (20).

Las relaciones siguientes se ocupan de las dermatosis zooparasitarias y, más extensamente, de la sarna. Tras definirla como «una enfermedad parasitaria y por tanto contagiosa producida por un arácnido..., llamado *Sarcoptes hominis*» (21), defiende que todas las afecciones parasitarias existen desde los primeros tiempos de la historia, aunque se han confundido con otras enfermedades, como la sífilis y la lepra (22). Describe el ácaro con detalle y se muestra contrario tanto a la idea de su generación espontánea, como a la de una predisposición escabiosa (23). En cuanto al contagio, lo incluye dentro de los síntomas de la afección y lo señala como el carácter específico de la misma (24). Aporta su experiencia personal en el campo de su tratamiento y señala el uso que hace en el Hospital de San Juan de Dios, de la creosota y el ácido fénico.

Las últimas lecciones comprenden el estudio de las afecciones fitoparasitarias por vegetales parásitos microscópicos» (25), opinión que no sustentaban todos los dermatólogos de la época. Divide las tiñas en tres tipos según el lugar de implantación: dérmicas y epiteliales (26), deteniéndose especialmente en el estudio de las primeras: la favosa, la tonsurante y la pelada.

En el estudio de la tiña favosa, destaca su insistencia en la naturaleza vegetal y parasitaria de la misma, en contra sobre todo de la opinión de Cazenave. En defensa de su teoría aporta pruebas tanto físicas como químicas (27). La descripción de la enfermedad sigue el esquema general: descripción del parásito, formas, tipos de contagio, síntomas, diagnóstico, en el que destacan el microscópico y el diferencial, pronóstico y tratamiento, que es el general de las parasitosis dermatológicas: «Eliminar y matar el parásito...;

---

(20) *Ibid.*, p. 16.

(21) *Ibid.*, p. 17.

(22) *Ibid.*, p. 18.

(23) *Ibid.*, p. 28.

(24) *Ibid.*, p. 36.

(25) *Ibid.*, p. 44.

(26) *Ibid.*, p. 45.

(27) *Ibid.*, pp. 51-53.

combatir las complicaciones artificiales...; mejorar el estado general del paciente y evitar el contagio y la propagación de la enfermedad» (28).

La descripción de la tiña tonsurante no aporta ninguna evidencia nueva y se adapta asimismo al esquema anterior.

El estudio de la tiña pelada comienza con el análisis de la controversia existente acerca de su origen parasitario, negado por dermatólogos como Ferdinand Hebra, que la calificaba como una trofo-neurosis. Critica Olavide el que para hacer una definición de la misma, sólo se hayan basado en el estudio de los pelos que rodean la calva y no en el de los pelos caídos: «Es pues forzoso observar al microscopio el pelo caído de esas calvas, para poder afirmar que en él no existe el parásito que sospechamos» (29).

Reprocha asimismo a Hebra que no hable del carácter contagioso de la pelada: «... esto es importantísimo y también imponderable en un autor serio, siquiera conmoviese los cimientos de su nosología respecto a esta enfermedad» (30). Basado en su experiencia, insiste en el carácter contagioso e inoculable de la pelada: «Si hubieran procedido (Hebra, Cazenave), con un criterio experimental, habrían visto también como nosotros, que la enfermedad no sólo era contagiosa, sino inoculable en los animales de pelo fino y corto como el ratón» (31). Tras pasar revista a los tipos de contagio, síntomas y diagnóstico de la enfermedad, termina exponiendo su experiencia personal en el tratamiento de la misma.

Estas lecciones sobre dermatosis parasitarias finalizan con el estudio de las tiñas epidérmicas o pitiriasis parasitarias, en las que el autor no aporta ningún dato de interés.

---

(28) *Ibid.*, p. 79.

(29) *Ibid.*, p. 82.

(30) *Ibid.*, p. 82.

(31) *Ibid.*, p. 82.